

Dario Fo

Hay un rey loco en Dinamarca

A partir de una idea de Jacopo Fo

Traducción del italiano de
Carlos Gumpert

Siruela

Nuevos Tiempos

Índice

Prólogo 11

Primera parte 13

Dentro y fuera de un cuento de hadas 14 — La ficción es más amable que la realidad 18 — El rey está desnudo de toda razón 20 — «Mi Cristián es tan guapo que no hay palabras para expresarlo... Es una pena que esté un poco ido» 23 — Un normalísimo diálogo de amor 25 — La invención de las cartas de amor secretas 30 — La boda con un esposo imaginario 33 — Escenas de un loco amor 35 — Unos sponsales de pesadilla con carcajadas 36 — El rey de la farsa improvisada 41 — El niño ha nacido, pero su padre, ¿dónde se ha metido? 43 — Caza al rey 44 — Explorando el Viejo Continente 46 — Se parte al amanecer 48 — Regreso a Copenhague 54 — El hijo del rey se halla en grave peligro 58 — Elogio de un científico carente de pedantería 62 — El consejero reanuda su relato 63 — La tristeza de la soledad 65 — Se hace absolutamente necesario un cambio 68 — ¿No será impotente el hijo de la reina madre? 74 — ¡Un extranjero encabezando el gobierno de Dinamarca! 80 — El baile sobre el hielo 83 — A propósito de locura 87

— La hechicera de la reina madre 94 — La gran tormenta
97 — Después de la tormenta: ¡la salamandra! 101

Segunda parte

107

Cómo acabar con un ministro insoportable 107 — Un baile
de la corte con golpe de Estado 110 — Un proceso impro-
visado 111 — Y aquí tenemos el tan codiciado gobierno de
la reina 114 — Una madre es la que te seca las lágrimas 118
— En lugar de aya, un oficial con botas 120 — Respeta a
tu padre y reconócelo 122 — El enorme barco vikingo sale
del barro y la madre baja de su prisión 128 — Una lección
de adulación real 133 — Un comentario entre dientes 135
— Un sainete expresado con símbolos crueles 137 — La
alegría de volver a la primera infancia 142 — La lección de
Jean-Jacques Rousseau 144 — La larga noche de los fantas-
mas 147 — El viento violento que sopla nos advierte del in-
minente enfrentamiento con los siete bastones 152 — 1781:
un momento fundamental de la historia de Dinamarca 166
— La colección los retratos cortesanos, incluyendo una
golfa 176 — Hacia el final 178

Agradecimientos

183

Galería de personajes

185

Nota

La idea de este libro nació a raíz de una investigación realizada por mi hijo Jacopo sobre los reyes daneses del siglo XVIII. En concreto, quedó sorprendido por las crónicas y testimonios, tan contradictorios, expresados por los contemporáneos de los dos reyes.

Prólogo

«Narrad, hombres, vuestra historia».

ALBERTO SAVINIO

Desde el siglo XV en adelante, en toda Europa, era usanza entre los hombres que tenían práctica con las bellas letras el llevar un diario. De este modo, nos han llegado testimonios de gente común, pero también de personajes históricos, famosos a menudo, hombres y mujeres. Y nos hemos aprovechado de ello para enriquecer nuestras investigaciones acerca de periodos en los que no abundaban los periódicos, y los libros impresos circulaban con facilidad solo entre las clases acomodadas.

La historia que nos disponemos a presentar al lector rebosa de personajes excepcionales, a decir poco. El hallazgo de estos papeles nos ha permitido reconstruir los trágicos y grotescos sucesos que marcaron en Escandinavia el periodo comprendido entre mediados del siglo XVIII y mediados del siglo XIX, y que han permanecido durante mucho tiempo casi totalmente desconocidos para todos nosotros.

Primera parte

El autor más importante de estas memorias salidas a la luz es nada menos que Cristián VII, rey de Dinamarca y de Noruega. El texto que hemos tenido la suerte de encontrar comienza así.

Esta mañana me he despertado en perfecto estado de salud. Sin una pizca de dolor de cabeza, me encontré con un cráneo ingrátido, libre, y además, al mover la espalda, no tuve que soportar los crujidos, ni respirar entre gemidos. En definitiva, que estoy de una luna espléndida, como hace tiempo que no me ocurría. Me liberé de mantas y sábanas, saqué con ímpetu las piernas de la cama y me encontré inmediatamente de pie en un equilibrio perfecto, sin el menor atisbo de temblores.

No me queda más remedio que aprovechar este estado tan excepcional y sentarme enseguida ante el escritorio para proseguir con mi relato. ¿Que qué historia? ¡Pues la de mi vida! No tengo tiempo que perder, eludo incluso vestirme, me basta con ponerme la bata y escribir hojeando mi cerebro, que en estos raros trances está más que dispuesto a recordar todo aquello que,

en cuanto vuelva a entrar en crisis, desaparecerá de mi mente como si cada pensamiento se desmoronase en un pozo negro sin fin. Para este propósito, en el caso de las llamadas biografías de hombres de poder, como al parecer es mi caso, por lo menos sobre el papel, lo habitual es contratar a narradores de profesión, los llamados biógrafos, gente que normalmente escribe sobre tramas ya vetustas añadiendo una retahíla de lugares comunes y de insoportable adulación que hacen que cualquier monarca aparezca como una marioneta colorida con gestas tan estrepitosas como apócrifas. Yo quiero una historia verdadera, expuesta acaso sin énfasis, pero al menos desprovista de retórica y de ficción, por lo que prefiero encargarme yo mismo.

Pues aquí están, los escritos secretos de mi memoria; ya he redactado unas cincuenta páginas. ¡Estoy listo! Pero antes de empezar, como siempre hago, las releo, corrijo errores y amplío los acontecimientos con nuevos hechos que veo salir a flote ligeros, como por arte de magia.

Dentro y fuera de un cuento de hadas

Leo:

Me llamo Cristián y soy de fe luterana. Tengo treinta años, más o menos, no lo recuerdo con exactitud, pero me molesta pedir información sobre mi nacimiento a alguien de la servidumbre o de la corte. Vine al mundo en Copenha-

gue, supongo que en el palacio real con la ciudad cubierta de nieve, ¡fue en pleno invierno...! Más o menos a mediados del siglo XVIII.

Mi madre, Luisa de Hannover, fue la primera mujer de Federico V, rey de Dinamarca como es natural. De ella no tengo casi memoria, ni de su voz ni de sus senos mientras me amamantaba. Y es que fui depositado de inmediato entre los brazos de una nodriza de la que recuerdo con exactitud sus pechos tiernos y henchidos de leche y una voz que me cantaba para que me adormeciera. Mi madre murió cuando yo tenía dos años y no lo supe hasta mucho más tarde, cuando mi padre el rey volvió a casarse con otra mujer noble, muy hermosa pero codiciosa también, y carente de humanidad, Juliana María de Brunswick-Lüneburg, de la que me esforzaré por hablar ampliamente dentro de poco. Solo anticipo al lector que descubrir a esa señora, que parecía surgida de las leyendas mitológicas de un antiguo narrador escandinavo, fue para mí algo terriblemente desagradable. Era una auténtica madrastra, como las de esos crueles cuentos de hadas inventados a propósito para asustar a los niños.

El día en el que, al cabo un año, la madrastra dio a luz a su primogénito caí postrado por unas terribles fiebres, no desde luego a causa de ese nacimiento. El médico, llamado con urgencia, decretó que era probable que no se tratara de nada grave: un fenómeno normal, propio del desarrollo infantil. Pero, por desgracia, el diagnóstico era completamente erróneo; no me recuperé más que al cabo de meses de semiinconsciencia.

En un primer momento parecía que había conseguido salir de aquella desesperada condición, tanto era así que se

me permitió bajar al parque junto con los demás chiquillos de la corte para que pudiera jugar, correr y volver a una vida normal. Hasta se me permitió montar a caballo, en un potro domesticado por los mozos de cuadra del rey, regalo de mi padre para celebrar mi curación. Además, me confiaron a un maestro para que aprendiera a escribir y a entender de arte, matemáticas y filosofía, como es de rigor para un príncipe.

Es increíble, hallarme en aquella condición de colegial me proporcionaba una enorme satisfacción y placer. Descubrí que adoraba la lectura y narrar empuñando la pluma. El maestro era paciente y bien dotado en cuanto a saberes. Me acompañaba en mis paseos por toda la finca. Navegábamos en una barca, siguiendo pequeños cursos de agua que llevaban al puerto, repleto de barcos que se adentraban en las aguas del mar cruzándose con otros que atracaban en los muelles atiborrados de marineros y viajeros.

De vez en cuando, me empezaba a dar vueltas la cabeza y al rato me derrumbaba perdiendo el conocimiento. Mi tutor me abrazaba como si por un instante se hubiera convertido en mi padre, a quien nunca había conocido un gesto parecido.

Con cada crisis venían a visitarme nuevas eminencias del estudio del cerebro. A menudo, aquellos sabios organizaban una ronda de consultas, palpándome el cráneo como si en lugar de la cabeza tuviera un melón del que había que descubrir si ya estaba maduro o no.

Indefectiblemente, aquellos hombres de tan alta sabiduría acababan por chocar con dureza y fuertes palabras. Y hacia el final de la disputa siempre había alguno que proponía someterme a una perforación de cráneo que me librara de

esos humores gaseosos que sin duda, al comprimir las circunvoluciones cerebrales, eran los causantes de mi horrible enfermedad. Discutían delante de mí, como si yo no existiera, convencidos de que al tratar el asunto con términos latinos quedaban dispensados de prestar un mínimo de atención hacia mi persona, y tanto fue así que en determinado momento me aparté realmente de la gracia de Dios y grité: «¿Saben lo que les digo, señores sabiondos? Que estoy de acuerdo con ustedes yo también: hay que resolverlo con una trepanación, no hay más remedio. Así que introduzcan el taladro cuando quieran, pero no en mi cráneo...: ¡en vuestros culos!». ¡Que no es lo que se dice una expresión propia de reyes!

En uno de esos días, cada vez más raros, en los que me hallaba en condiciones podríamos decir que favorables, se me ocurrió pasar por los jardines del palacio de Frederiksberg en el caballo que me había regalado mi padre. Algo asustó al potro, que se encabritó agitando las patas delanteras justo en el momento en el que una madre cruzaba el sendero con su hijo de la mano.

El pequeño se asustó y trató de huir, pero tropezó y acabó en el suelo. La madre, a su vez, a causa del susto, se quedó bloqueada. Desmonté y corrí a levantar al niño del suelo. La mujer me dio las gracias y dijo en señal de despedida:

—Le quedo muy agradecida, príncipe.

Luego se alejó y pude oír al niño que le preguntaba:

—Madre, pero ¿no es ese el hijo loco del rey?

—¡Cállate, hijo! ¡Que te va a oír! —respondió la mujer.

De esa manera me enteré en un instante de que para todos era yo definitivamente el primer loco real.

La ficción es más amable que la realidad

Pasaban los días y yo permanecía encerrado en mis aposentos, que daban a los jardines de la corte. Una tarde, mientras caminaba por el pasillo para dirigirme a la sala de baño llamada «de bronce», me percaté de que mi padre y mi madrastra abandonaban el palacio. Iban radiantes y vestían ropas de diseño y factura reciente. La nueva mujer de mi padre llevaba en los dedos unas piedras preciosas que sin duda habían pertenecido a mi madre. Fue un detalle que me dejó muy mal sabor de boca. Lo taché como un atraco. El rey estaba alegre y mi madrastra, cosa muy rara, sonreía continuamente. Su entusiasmo despertó en mí el deseo de seguirlos al lugar al que se dirigían esa noche.

Pedí a mi ayuda de cámara que se sirviera ponerme la vestimenta de ceremonia. Me armé de valor y me encaminé hacia el salón de palacio, solicité a un paje que buscara una carroza para mí, pero él me informó de que en ese momento no había ningún vehículo disponible. Sin embargo yo me acordaba, y lo tenía bien grabado en la memoria, de un landó de gala con su correspondiente pareja de cocheros, estacionado en el depósito de los coches de caballos de palacio. Bajé hasta allí y me encontré con el jefe de los cocheros y mediante un engaño me las apañé para que me revelara dónde estaba yendo mi padre con la reina. Le dije que al rey se le había olvidado el monóculo y que tenía que reunirme con él para llevárselo. El jefe de los cocheros, mientras me acompañaba con la carroza, me reveló que mis dos progenitores se dirigían a la inauguración de la temporada en el teatro de la ciudad, que mi propio padre había ordenado construir: el Teatro Real de Copenhague.

Entré en el edificio pasando por la puerta de artistas y me encontré inmediatamente detrás del escenario. Tramoyistas y técnicos de iluminación estaban dando los últimos toques al decorado e izando los candelabros tras encender sus numerosas velas: vine a saber en ese momento que se trataba de una opereta cómica a la italiana con acróbatas, bailarines y, por supuesto, cantantes. Me situé entre bastidores y el director de escena se levantó para cederme su taburete. Yo le rogué que se quedara donde estaba y que me consiguiera una silla para poder disfrutar del espectáculo allí mismo, en medio del escenario.

Era la primera vez que asistía a un espectáculo como ese: me impresionaron vivamente los efectos escénicos que se sucedían uno tras otro como en un carrusel mágico. Había una orquesta con un increíble número de músicos que interpretaba la obertura y las baladas. El decorado cambiaba de repente: bajaban telones desde lo alto, se deslizaban hacia los lados paredes de palacios y desde abajo ascendían vidrieras y portales. Yo, desde donde estaba, podía ver esas maquinarias por delante y por detrás. Descubría los trucos de los movimientos quedando al mismo tiempo sorprendido y fascinado. Entre toda aquella magia, los mimos y los bailarines se movían con extraordinaria ligereza. Comprendí que me hallaba ante una auténtica obra de arte total, en la que pintura, maquinaria, música y danza eran el fruto de una única fantasía. No me cabía duda de que estaba viviendo una emoción excepcional.

No sé si fue por esto o por alguna otra causa, pero experimenté una ulterior crisis que se prolongó durante dos semanas ininterrumpidas. Cuando me recuperé y comencé a razonar de nuevo vine a saber que mi padre había entrado

en coma. Estábamos viviendo uno de los inviernos más rigurosos del siglo, y no pudo resistir a la helada que le cayó encima mientras asistía a un desfile de nuestro Ejército. Murió con cuarenta y tres años recién cumplidos. La reina viuda prorrumpió en una crisis de llanto. Esbozó incluso el gesto desesperado de arrojar por la ventana, pero yo vi claramente que antes de intentar el salto se aseguraba de que hubiera hombres a su alrededor capaces de detenerla y salvarla. Personalmente, ante aquel féretro no sentí dolor. Ni siquiera fui capaz de fingir algunas lágrimas. Debo admitir que mi padre era para mí casi un desconocido, quien por casualidad me había generado.

El rey está desnudo de toda razón

Después de su muerte sufrí una nueva crisis, pero esta vez me negué a que se me acercaran el arquiatre de la corte y la muchedumbre de eruditos en medicina que venían constantemente a llamar a mis aposentos. A decir verdad, vivía aquella indiferencia mía ante la muerte de mi padre con fatiga. Tanto es así que no pude asistir a las exequias, porque me sobrevino una nueva crisis que amenazaba con obligarme a participar en el funeral, pero en calidad de difunto añadido. Desde detrás de las cortinas de mi habitación vislumbré la carroza real con los caballos negros abandonar el palacio.

Pese al grave estado en el que me hallaba, recuerdo con exactitud en qué momento del mes nos encontrábamos. Eran los últimos días de enero de 1766. Yo tenía, de eso estoy seguro, diecisiete años recién cumplidos. Fui coro-

nado como rey del reino de Dinamarca y de Noruega. Los disparos de cañón resonaban a voluntad. La banda real interpretó marchas e himnos a no acabar. Muchos súbditos conmovidos, mujeres especialmente, rompían a llorar. Pero a mí de todo aquello no me importaba un comino. No cabía la menor duda, me di cuenta al instante de que estaba realmente loco. ¡Viva el rey!

Un antiguo consejero de mi padre se me acercó y me dijo con mucho garbo: «¡Sire!». ¡Me llamó «sire», igual que en un drama trágico de marionetas! Luego añadió:

—Si me lo permitís, majestad, quisiera comunicaros lo que creo que urge resolver de inmediato.

—¿De qué se trata?

—¡Hay que pensar en vuestro matrimonio tan pronto como sea posible!

—¿Y a qué vienen tantas prisas? ¡Solo tengo diecisiete años!

La respuesta fue:

—No olvidéis que hay otros parientes vuestros (directos o no) como vuestro hermanastro, hijo de la segunda reina, que anhelan subir al trono en vuestro lugar, por lo que es menester que vos, lo antes posible, empañéis a una noble con vuestra semilla, a fin de que os obsequie a la mayor brevedad con un heredero, posiblemente varón.

Un pensamiento se apoderó de mí al improviso: «¡Dios mío, es cierto, soy rey y no tengo mujer, ni siquiera una concubina! Me pregunto si habrá en mí semillas...».

En este momento de su relato, Cristián interrumpe bruscamente la escritura dejando marcada una frase en mayúsculas, muy explícita: